

ALFONSO XIII

y la labor humanitaria de España

Manuel Gracia Rivas
Coronel médico retirado

CON motivo del I centenario de la I Guerra Mundial, el 40 Congreso Internacional de Historia Militar, celebrado del 1 al 5 de septiembre en Bulgaria, estuvo dedicado a dicha contienda. En él, la representación hispana —a cargo de la Comisión Española de Historia Militar— abordó, entre otros temas, el rol de España en el conflicto y su labor humanitaria. Asunto sobre el que versó la ponencia del coronel médico Manuel Gracia *La acción humanitaria española durante la I Guerra Mundial*, aquí extractada.

Gracia contextualizó la neutralidad española antes de adentrarse en esa labor solidaria, en la que destacó la iniciativa de Alfonso XIII y que incluyó la atención a los prisioneros. «Por deseo expreso del monarca —asegura Gracia—, se crearon comisiones para inspeccionar los campos de prisioneros». En su mayor parte estuvieron integradas por oficiales del Ejército, llevaron a cabo 4.000 visitas y lograron mejoras significativas. También hubo una comisión de observadores de la Armada que visitó Alemania y las zonas ocupadas en agosto de 1917.

GUERRA SUBMARINA

En marzo y abril de ese año, la generalización de la guerra submarina por parte de los imperios centrales había abierto otra brecha que España colaboraría a cerrar. Berlín y sus aliados hundieron los buques hospitales británicos *Asturias*, *Gloucester Castle* y *Georgian* en marzo y el *Donegal* y el *Lanfranc* el 17 de abril porque «eran utilizados para fines distintos de los declarados».

En respuesta, Francia amenazó con embarcar prisioneros alemanes, y Berlín, con el anuncio de que, por cada preso germano a bordo, situaría a tres cautivos franceses en los lugares más expuestos a los bombardeos aliados. Ante tal panorama, Alfonso XIII propuso la presencia de observadores españoles en esos buques con el fin de que se garantizara su correcto empleo. La iniciativa fue aceptada, por lo que, desde mediados de 1917, marinos españoles embarcaron en los buques hospitales de diversos países y la crisis quedó zanjada.

Sin terminar 1917, el presidente de la Conferencia de cruces rojas neutrales ya reconocía esa labor en el siguiente mensaje: «La Conferencia aprecia con satisfacción que los esfuerzos de Vuestra Majestad para lograr el cese de las medidas de represalia sobre las naves hospitales, han sido coronadas por el éxito. La Conferencia expresa a V. M. su profunda gratitud por este nuevo servicio rendido, después de tantos otros, a la causa de la Humanidad. Edouard Naville».

La Armada acometió, asimismo, la evacuación de la colonia alemana del Camerún, donde había un millar de soldados germanos y más de 3.000 militares indígenas. Lo que Guillermo II agradeció con un mensaje personal a Alfonso XIII.



Alfonso XIII Archivo General Militar de Madrid

LA DECIDIDA ACCIÓN DEL MONARCA

La labor del soberano español fue de gran relevancia. Sin embargo, es muy desconocida, lo que trata de paliar foros especializados. En esta línea, es de interés el artículo del profesor Enrique González en la revista *Mar Océano*, donde hace una acertada síntesis del esfuerzo del rey para aliviar el sufrimiento de muchos.

Al inicio de la guerra, Alfonso XIII era amigo de todos los soberanos europeos y se enfrentaba al mismo dilema que tenía en su familia: su madre, la reina María Cristina, era austriaca y hermana del archiduque Federico, generalísimo del Ejército de Austria-Hungría; mientras que dos hermanos de su esposa, la reina Victoria Eugenia, británica, desempeñaban altos cometidos en los ejércitos aliados.

Con todo, el rey supo mantener la neutralidad española en todo el conflicto, incluso en los momentos más delicados, y que su compromiso con los afectados alcanzara una dimensión extraordinaria.

El desencadenante de esta iniciativa fue la carta de una lavandera francesa que pedía al monarca su intervención para localizar a su marido, un soldado desaparecido en la batalla de Charleroi el 28 de agosto de 1914. Alfonso XIII logró dar con él, prisionero en Alemania. Inmediatamente, los medios se hicieron eco de la gestión, que fue muy elogiada. Consecuencia de ello, comenzaron a llegar más peticiones similares hasta Madrid, por lo que el rey creó la Oficina pro



Oficina pro cautivos del Palacio Real de Madrid/ Patrimonio Nacional

cautivos en el Palacio Real. Primero, la atendieron el propio el monarca y su secretario particular Emilio María de Torres. Sin embargo, ante el aluvión de cartas recibidas fue preciso aumentar el personal, que llegó a contar con tres diplomáticos y cuarenta empleados.

La oficina fue siempre financiada con fondos privados de Alfonso XIII y se dividió en diez secciones: Desaparecidos; Información y correspondencia en territorios ocupados; Prisioneros; Repatriaciones de militares graves y enfermos; Repatriaciones de población civil; Internamiento en Suiza; Indultos; Conmutaciones de pena; Remesa de fondos a individuos o familiares en territorios ocupados y aislados durante tiempo del resto de la unidad familiar e Informes de las inspecciones de los delegados correspondientes en las embajadas españolas en Berlín, Viena y Roma.

Según algunas fuentes, la acción humanitaria de esta Oficina pro cautivos facilitó ayuda a 122.000 prisioneros franceses y belgas, 7.950 ingleses, 6.350 italianos, 400 portugueses, 350 americanos y 250 rusos. Además, logró repatriar a 21.000 prisioneros enfermos y a unos 70.000 civiles.

Entre los beneficiados, figuran el historiador belga Henry Pirenne y el profesor de la Universidad de Gante Paul Fredericq. Detenidos en Alemania, fueron enviados a Suiza.

También se logró la liberación del actor y cantante francés Maurice Chevalier. Movilizado, herido y apresado en las primeras semanas del conflicto, fue hallado en tierras germanas; del bailarín Vaslav Nijinski, detenido en Hungría, por el que intercedió ante el monarca español su protector Diáguilev, consiguiendo su liberación; o del pianista polaco de origen judío Arthur Rubinstein, a quien Alfonso XIII facilitó un pasaporte español en el año 1916.

PROPUESTO A NOBEL DE LA PAZ

El rey nunca cejó en su empeño y la simpatía que despertaron sus gestiones fue enorme, así como el eco que tuvieron en los medios. No es de extrañar, por lo tanto, que en el año 1917 el jurista y senador vitalicio del reino Francisco Lastres presentara su candidatura al premio Nobel de la Paz que, finalmente, recaería en el Comité Internacional de la Cruz Roja.

Fue propuesto en 1933. El monarca vivía en el exilio y suscribieron su candidatura el francés Albert de la Pradelle y el español José de Yanguas, como miembros del Instituto de Derecho Internacional.

Antes, 9.000 ayuntamientos españoles habían solicitado el reconocimiento de esa labor con la petición de la Gran Cruz de Beneficencia para el monarca. El rey la rehusó al considerar que «no soy yo quien debe lucir esta cruz, sino España» y propuso que ésta se impusiera a la bandera del regimiento de Cazadores a caballo *Alfonso XIII*.

Además, y en gran medida, su apoteósico recibimiento en París al inicio de su exilio fue una expresión de gratitud por parte de los franceses dado su comportamiento durante la Gran Guerra. Diez mil personas se congregaron en la Gare de Lyon, rompiendo los cordones de seguridad, acompañándole hasta el hotel *Meurice*, entre aclamaciones y gritos de «¡Vive le Roi!».

Tampoco podemos dejar de recordar la actuación de su esposa, la reina Victoria Eugenia durante aquellos mismos años. En su caso, al frente de Cruz Roja Española. Bajo su auspicio, se organizaron numerosas cuestaciones para recaudar fondos y, sobre todo, tuvo una decidida participación en la renovación de la institución, ya que, a la luz de las enseñanzas derivadas del conflicto, era consciente del papel que ésta podía desarrollar en otras situaciones semejantes.

AYUDA A BÉLGICA

El enésimo servicio de Alfonso XIII, y de España, durante la I Guerra Mundial fue en la comisión internacional *Commission for Relief in Belgium*, que realizó numerosos envíos de alimentos distribuidos por la Cruz Roja belga, fundamentalmente, en su territorio, pero también en el norte de Francia, a donde llegaron parte de esos suministros.

La comisión constituyó un caso peculiar dentro del Derecho Internacional. Era un organismo privado que, sin embargo, dispuso de bandera propia, suscribió acuerdos con las partes beligerantes y sus buques disfrutaron de privilegios que no se concedieron a otros pabellones. Estuvo bajo el patrocinio de Estados Unidos, España y los Países Bajos, como estados neutrales, y el embajador español en Londres Alfonso Merry del Val colaboró con ella desde el primer momento.

Cuando Estados Unidos entró en guerra, Merry del Val, siguiendo las instrucciones de Madrid ofreció la posibilidad de que España se hiciera cargo de la misma. Al deseo de Alfonso XIII se sumó también la reina Guillermina de los Países Bajos, por lo que el nuevo organismo recibiría el nombre de *Comité Hispano-Néerlandais pour la Protection du ravitaillement de la Belgique et du Nord de la France*. ■